

portó el pecado del hombre. Pero yo me regocijo del pecado, como de mi mayor consuelo».

Tal es la filosofía moral de Nietzsche, conforme resulta—haciendo caso omiso de las contradicciones—de algunos pasajes acordes de diferentes libros (en especial de *Humano, demasiado humano*, de *Más allá del Bien y del Mal* y de *Sobre la Genealogía de la Moral*). Voy á tomar por un momento en serio estas teorías, sometiéndolas á la crítica, á fin de confrontar con ellas las propias afirmaciones de Nietzsche directamente opuestas.

Primero la afirmación antropológica. Según ésta, el hombre ha sido en los tiempos primitivos un carnice-ro solitario errante libremente y cuyo instinto primordial era el egoísmo y la ausencia de toda consideración hacia sus congéneres. Esta afirmación contradice todo lo que sabemos de los principios de la humanidad. Los kjökken-møddings, ó restos de cocina del hombre cuaternario en Dinamarca, que Steenstrup ha descubierto y estudiado, tienen en algunos sitios un espesor de tres metros, y deben provenir de alguna horda muy numerosa. Los depósitos de huesos de caballos en Solutré son tan enormes que no se le puede ocurrir á nadie que un solo cazador y hasta un grupo de cazadores que no hubiera sido muy grande, haya podido reunir y matar tan gran número de caballos en un solo sitio. Por lejos que miremos en los tiempos prehistóricos, cada hallazgo nos muestra al hombre primitivo como un animal de rebaño que no hubiera podido absolutamente conservarse, si no hubiera poseído los instintos que constituyen las premisas de la vida en común, ó sean la simpatía, el sentimiento de la solidaridad y cierto grado de desinterés. Estos instintos se encuentran ya en los monos, y si parecen faltar precisamente en los que son más afines al hombre, el orangután y el gibón, es, para ciertos naturalistas, una prueba suficiente de que estos animales están degenerados y en vías de desaparecer. No es verdad pues, que en

época alguna, no importa cuál, el hombre haya sido «una fiera errante solitariamente».

Pasemos á la afirmación histórica. Al principio había dominado entre los hombres la moral de los señores, según la cual, toda violencia egoísta parecía buena, todo desinterés malo. La evaluación inversa de los actos y de los sentimientos habría sido la obra de una rebelión de esclavos. Los judíos habrían inventado el «ideal ascético», es decir la moral del refrenamiento de todos los deseos, del desprecio de todo placer carnal, la moral de la piedad y del amor al prójimo, para vengarse de sus opresores, los amos, las «fieras rubias». Ya he mostrado más arriba la demencia de esta idea de una venganza consciente y voluntaria del pueblo judío. ¿Pero es acaso verdad que nuestra moral actual, con sus nociones de bien y de mal, sea una invención de los judíos y haya sido dirigida contra las «fieras rubias», y que haya sido una empresa de esclavos contra un pueblo de señores? Las doctrinas capitales de la moral actual, llamada erróneamente cristiana, habían sido expresadas seis siglos antes del nacimiento del cristianismo, pues ya entonces fueron predicadas por Budha, que no era un esclavo, sino el hijo de un rey, y llegaron á constituir la moral no de los esclavos, ni de los oprimidos, sino cabalmente la del pueblo de los señores, de los brahmines y de los aryas. He aquí algunos de los preceptos morales del budhismo tomados del *Dhammapada*¹ indio y del *Fo-sho-hing-tsan-king*² chino: «No hables duramente á nadie» (*Dhammapada*, versículo 133). «Vivamos felices; no odiamos á los que nos aborrecen; vivamos libres del odio en medio de los

¹ *The sacred books of the East*. Translated by various oriental scholars and edited by F. Max Müller. The Clarendon Press, Oxford. First Series. Vol. X; *Dhammapada*, by F. Max Müller, and *Sutta-Nipâta*, by W. Fausbøll. (Existe una edición económica del *Dhammapada*, por S. Beal. Londres, 1878).

² *The sacred books of the East*, etc. Vol. XIX: *Fo-sho-hing-tsan-king*, por el reverendo S. Beal.

que nos manifiestan odio» (versículo 197). «Se califica á un hombre de arya (santo), cuando tiene piedad de todos los seres vivientes» (versículo 270). «Vigila tus pensamientos» (versículo 327). «La dominación de sí mismo siempre es buena» (versículo 361). «Yo llamo brahmín á aquel que, libre de toda falta, soporta pacientemente cargos, cautiverios y golpes» (versículo 399). «Sé bueno para todo lo que vive» (*Fo-sho-hing-tsan king*, versículo 2.024). «Si triunfas de tu enemigo por la fuerza, aumentas su enemistad; pero si triunfas por el amor, no recogerás ningún dolor ulteriormente» (versículo 2.241). Y bien; ¿es esta la moral de los esclavos ó la de los señores? ¿Es esta la manera de ver de los carniceros errantes ó la de seres sociales compasivos y no egoístas? Y esta manera de ver no ha tenido su origen en Palestina, sino en la India, precisamente en el seno del pueblo de conquistadores arios que dominaban á una raza subordinada, y en China, donde entonces ninguna raza de conquistadores se enseñoreaba de una raza subyugada. La inmólación voluntaria de sí mismo por los demás, la piedad y la simpatía habrían sido la moral judía de esclavos. El mono heroico que Darwin menciona, según Brehm¹, ¿era un esclavo judío, sublevado contra el pueblo dominador de las fieras rubias?»

Nietzsche quiere designar manifestamente por «fieras rubias» á los germanos del tiempo de las emigraciones; le han inspirado la idea del carnicero errante que asalta á los hombres más débiles, para satisfacer voluptuosamente

¹ Carlos Darwin, *El origen del hombre y la selección sexual*. Traducción alemana de J. Victor Carus. Stuttgart, t. I, pág. 130. «Todos los babuinos se habían lanzado de nuevo á las alturas, excepto uno de unos seis meses de edad, que pidiendo socorro con todas sus fuerzas, escaló un montón de rocas y fué acosado por los perros. En este momento bajó de la colina uno de los mayores machos, un verdadero héroe, se dirigió lentamente hacia el pequeño mono, le acarició y se lo llevó triunfalmente; los perros estaban demasiado asombrados para atacarle.»

en ellos sus instintos de matanza y destrucción. Este carnicero no se ha preocupado nunca de tratados. «El que se muestra brutal en la acción y en el gesto ¿para qué necesita hacer contratos?»¹ Pues bien: la historia nos enseña que la «fiera rubia» es decir el Germano del tiempo de las emigraciones al cual no había alcanzado todavía «la rebelión de los esclavos en la moral», era un labrador vigoroso, pero pacífico, que hacía la guerra, no por gozar de la matanza, sino por obtener tierras arables, y que primero procuraba siempre convenir tratados pacíficos, antes de recurrir forzosamente á las armas². ¡Y esta misma «fiera rubia», mucho antes de que llegara hasta ella la noción del «ideal ascético» del cristianismo judío, ha tenido desarrollada hasta el más alto grado, la idea de fidelidad vasalla, es decir el concepto de que es glorioso para un hombre despojarse por completo de su propio «yo», no conocer el honor más que como reflejo del honor de otro al cual se ha sometido uno en plena propiedad, y sacrificar su vida por su jefe!

La conciencia sería la «crueldad vuelta al interior». El hombre que no puede reprimir su necesidad de hacer mal, de torturar, de desgarrar, al no estarle permitido

¹ Federico Nietzsche, *Sobre la Genealogía de la Moral*. Escrito de polémica, segunda edición. Leipzig, 1892, pág. 80.

² Gustavo Freitag, *Cuadros del pasado alemán*, t. I: *La Edad Media*, Leipzig, 1872, pág. 42 y sig.: «El cónsul romano Papirius Carbón, prohibió la permanencia de los extranjeros (de los Cimbrios y de los Teutones!) porque los habitantes eran los huéspedes de los romanos. Los extranjeros se excusaron diciendo que ignoraban que los indígenas estuvieran bajo la protección romana, y que estaban prontos á abandonar de nuevo el país... Los Cimbrios no deseaban la lucha, y enviaron una diputación al cónsul Silano, rogándole reiteradamente que les asignara tierras y en cambio de tal servicio, se ofrecían á servir en el ejército romano... Los extranjeros, repetimos, no invaden el territorio romano, sino que envían al Senado otra diputación encargada de reiterar la petición de tierras... Los Germanos victoriosos, mandaron entonces nuevamente una embajada al jefe del otro ejército, solicitando la paz por tercera vez é implorando tierras y grano para sembrarlas.»

satisfacerla en los demás, la satisface sobre sí mismo ¹. Si esto fuera verdad, el hombre honrado, virtuoso, que no ha satisfecho nunca por medio de ningún crimen contra los demás este pretendido instinto primordial de la crueldad, debería volverse airadamente y con la mayor violencia contra sí mismo; tendría pues, la peor conciencia de todos los hombres. A la inversa, el criminal que proyecta su instinto primordial al exterior, y que por consecuencia no tiene necesidad de buscar su satisfacción destrozándose á sí mismo, debería vivir en una paz espléndida con su conciencia. Ahora bien; ¿está esto conforme con la observación? ¿Se ha visto alguna vez que un hombre honrado, que no haya cedido jamás al instinto de la crueldad, sufra remordimientos de conciencia? ¿No se observan éstos, por el contrario, cabalmente en los que han cedido á su instinto, han sido crueles con sus semejantes, es decir han conseguido ya esa satisfacción de su deseo que, según Nietzsche, la mala conciencia debe procurarles? Dice Nietzsche: «Los verdaderos remordimientos de conciencia, son precisamente en los criminales y en los galeotes una cosa por todo extremo rara; las prisiones y las cárceles, no son los sitios donde prospera con predilección esta especie de gusano roedor» ², y cree así, haber aportado una prueba á su afirmación. Pero los presidiarios han demostrado, al cometer sus crímenes, que en ellos el instinto del mal está muy especialmente desarrollado; en la cárcel están imposibilitados para entregarse á su instinto; precisamente en ellos el propio destrozamiento por causa de los remordimientos de conciencia debería ser excepcionalmente violento, y sin embargo, los remordimientos de conciencia son en los criminales una cosa en extremo rara! Se ve que la tesis de Nietzsche es una idea delirante y nada

¹ *Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 79.

² *Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 73.

más, y que no vale la pena de colocarla ni por un momento en serio parangón con la explicación de la conciencia propuesta por Darwin ¹, y aceptada por todos los moralistas.

El argumento filológico. Según el argumento filológico de Nietzsche, *bonus* ha sido primeramente *duonus*, es decir que ha significado el «hombre de discordia, de desunión (*duo*), el guerrero» ². La prueba de la forma anterior *duonus*, se nos ofrece por *bellum* = *duellum* = *duen-lum*. ¿Y dónde se encuentra la palabra *duen-lum*, palabra inventada á capricho por Nietzsche lo mismo que *duonus*? Admiramos este método: Nietzsche imagina una palabra, *duonus*, que no existe, y para apoyarla emplea la palabra *duen-lum* que no existe tampoco y que ha creado igualmente en su imaginación. La filología que aquí despliega el autor de *Zarathustra* está á la altura de la que discurrió la bonita y convincente serie de derivados *alopex* = *lopex* = *pex* = *pix* = *pux* = *fechs* = *fichs* = *fuchs* (zorro). Nietzsche está inmensamente orgulloso de haber descubierto que la idea de falta (*Schuld*) deriva de la limitadísima idea material de deudas (*Schulden*) ³. Admitamos que sea verdad. ¿En qué corrobora esto su teoría? Esto probaría tan sólo que la idea, grose-

¹ Carlos Darwin, *op. cit.*, pág. 127: «Una vez que las facultades intelectuales han llegado á su más alto desarrollo, las imágenes de todas las acciones y de todos los móviles pasados atraviesan incesantemente el cerebro de cada individuo, y este sentimiento de descontento, que... es invariablemente la consecuencia de un instinto cualquiera no satisfecho, surgirá cada vez que se habrá notado que el instinto social durable y de continuo presente ha cedido á otro más fuerte por el momento, pero ni duradero por su naturaleza, ni que deje una impresión muy viva. Muchos de estos deseos instintivos, tal como por ejemplo, el del hambre, son de una manera patente, por su naturaleza, de corta duración, y una vez satisfechos no pueden ser evocados en el alma, ni fácilmente, ni de un modo vivo».

² *Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 9.

³ *Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 48.

ramente material y limitada en su origen, se ha ensanchado, profundizado y espiritualizado con el curso del tiempo. ¿Quién ha tenido nunca la idea de refutar este proceso? ¿Qué hombre que esté un poco al corriente de la historia de la civilización, ignora que los conceptos se desarrollan? En los tiempos primitivos, ¿se ha entendido por amor y amistad los estados de alma delicados y múltiples que estas palabras expresan hoy para nosotros? Es posible que la primera «culpabilidad» de que los hombres hayan tenido conciencia, haya sido la obligación de devolver un préstamo. Pero una «culpabilidad» en el sentido de «deuda», de una obligación material, no ha podido nacer entre las «fieras rubias» entre los «carniceros crueles», porque presupone ya una relación de contrato: el reconocimiento de un derecho de propiedad, el respeto de una individualidad extraña; esto no sería posible, si en el prestatario no existiera la inclinación de ser servicial hacia uno de sus semejantes, y la confianza en la buena voluntad de éste en reconocer el beneficio, y si en el que toma el préstamo no existiera tampoco la sumisión voluntaria á la desagradable necesidad de pagar la deuda. Y todos estos sentimientos son ya una moral, una moral sencilla pero auténtica, exactamente la «moral de los esclavos» del deber, de las consideraciones, de la simpatía, de la dominación de sí mismo; no la «moral de los señores» del egoísmo, del pillaje, de la violencia cruel, de los deseos ilimitados. Hasta si ciertas palabras como el alemán *schlecht* (*schlicht*), significan hoy lo contrario de su sentido primitivo, esto no se explica por una fabulosa «transvaluación de valores», sino que se explica sin esfuerzo y plausiblemente por la teoría de Carlos Abel ya mencionada en el primer volumen, relativa «al doble sentido contrario de las raíces primitivas». El mismo sonido servía primitivamente para designar las dos oposiciones del mismo concepto que, según la ley de la asociación de ideas, aparecen siempre simultáneamente

en la conciencia, y sólo en la vida ulterior del lenguaje, es cuando la palabra llegó á ser el vehículo exclusivo de uno ú otro de ambos conceptos opuestos. Este fenómeno no tiene la más ligera relación con una modificación de la evaluación moral de los sentimientos y de los actos.

El argumento biológico. La moral reinante mejoraría, á la verdad, las probabilidades de sobrevivir de los animales de rebaño, pero en cambio sería esencialmente perjudicial para el perfeccionamiento del tipo humano más excelente, es decir que perjudicaría en su totalidad á la humanidad impidiendo á la especie su elevación á la forma más perfecta, y por consiguiente le impediría alcanzar su ideal posible. El tipo humano más perfecto sería por lo tanto, según Nietzsche, el «carnicero magnífico», el «león riante» que pudiera satisfacer todos sus deseos sin consideración al bien ni al mal. La observación enseña que esta tesis es una idiotez. Todos los «super-hombres» históricamente conocidos que han dado rienda suelta á sus instintos, ó bien eran unos enfermos desde el principio, ó bien llegaron á serlo. Los criminales célebres,—á quienes Nietzsche coloca expresamente entre los «super-hombres»¹,—presentan casi sin excepción los estigmas somáticos é intelectuales que les caracterizaron como degenerados, es decir como enfermos ó fenómenos atávicos, no como desenvolvimientos y florecimientos supremos, y los Césares cuyo monstruoso egoísmo podía saciarse en la humanidad entera, sucumbieron por la locura, cosa que sería difícil de predicar como un estado ideal de la especie. Nietzsche concede en seguida que el «carnicero magnífico» perjudica á la especie, que la destruye y la devasta; pero, ¿qué importa la especie? La es-

¹ *Más allá del Bien y del Mal*, pág. 91: «El criminal está con demasiada frecuencia muy por debajo de su acto: lo empuja y lo calumnia.—Los abogados de un criminal son raramente lo bastante artistas para hacer resaltar la terrible hermosura del acto en provecho de su autor».

pecie existe tan sólo para hacer posible el pleno florecimiento de algunos «super-hombres» aislados y para satisfacer sus más extravagantes necesidades¹. Pero el «carnicero magnífico» se perjudica á sí mismo, se vuelve furiosamente contra sí mismo, se aniquila él mismo, y esto no puede, por tanto, constituir un efecto útil de cualidades altamente cultivadas! La verdad biológica es que la constante dominación de sí mismo es una necesidad vital, tanto de los más fuertes como de los más débiles, pues constituye la actividad de los centros cerebrales más elevados, más humanos. Si éstos no se ejercitan se van perdiendo, es decir que el hombre deja de ser hombre y el pretendido «super-hombre» se reduce á «sub-hombre» (*Untermenschen*), ó dicho de otro modo, á una bestia; por el relajamiento ó la supresión de los aparatos de inhibición del cerebro, el organismo sucumbe sin remedio ante la anarquía de sus partes constitutivas, y ésta conduce infaliblemente á la ruina, á la enfermedad, á la locura y á la muerte, aun en el caso de que en el mundo exterior no se produzca resistencia alguna contra el egoísmo de mente del individuo desenfrenado, lo cual no es apenas imaginable.

¿Qué subsiste ahora ya de todo el sistema de Nietzsche? Hemos reconocido en tal sistema una colección de locas afirmaciones y de frases hinchadas que, en realidad, no se pueden tomar en serio, puesto que apenas tienen la consistencia de la espiral de humo de un cigarro; pero los discípulos de Nietzsche están continuamente mascullan-

¹ «Un pueblo es el camino extraviado que toma la naturaleza para llegar á seis ó siete grandes hombres». Léase también esto: «Lo esencial en una buena y sana aristocracia es que *no* se sienta como función (sea de la realeza, sea de la cosa pública), sino como un *fin* y suprema justificación de éstas,—y que por esta razón acepte en buena conciencia el sacrificio de una buena cantidad innumerable de hombres que, *para ella*, han de ser rebajados y reducidos á seres incompletos, á esclavos, á instrumentos. (*Más allá del Bien y del Mal*, pág. 226.)

do entre dientes frases sobre la «profundidad» de su filosofía moral, y hasta en Nietzsche mismo, las palabras «profundo» y «profundidad» son un resabio, un *tic* intelectual que se repite de continuo de la manera más intolerable¹. Mas si nos acercamos á esta «profundidad» con el designio de medirla, apenas podemos dar fe á nuestros propios ojos. Nietzsche no desarrolla hasta el fin ni una sola de sus pretendidas ideas; ni en una sola de sus afirmaciones desordenadas profundiza ni siquiera el espesor de un dedo por debajo de la superficie más á flor de tierra, de modo que pueda resistir por lo menos el más débil soplo. La historia entera de la filosofía no registra verosímelmente un segundo ejemplo de una impudencia que se permita dar como filosofía, y aun como «profunda» filosofía, semejantes bromas de conversación en ferroca-

¹ Demos aquí algunos ejemplos que podrían fácilmente centuplicarse (tomando esta cifra al pie de la letra y no como una exageración metafórica). En *Más allá del Bien y del Mal* (pág. 63): «Es el Oriente, el profundo Oriente».—(Pág. 239): «Tales libros de profundidad y de primera importancia».—(Pág. 248): «El profundo sufrimiento hace noble». «Una bravura del gusto que se pone en guardia contra todo lo que es triste y profundo».—(Página 249): «¡Qué fervor y qué avidez empujan constantemente al alma... hacia lo claro, lo brillante, lo profundo, lo delicado».—(Pág. 256): «Un olor con tanta profundidad (!) como podredumbre».—(Pág. 260): «Quedarse tendido, tranquilo como un espejo, de modo que el cielo profundo se refleje en ellos».—(Pág. 262): Yo pienso á menudo como le haré (al hombre) más fuerte, peor y más profundo».—En *Así habló Zarathustra*, 1.^a parte (pág. 71): «Pero tú, Profundo; tú sufres también demasiado profundamente a causa de pequeñas heridas».—2.^a parte (pág. 52): «Inquebrantable es mi profundidad; pero resplandece de enigmas y risas nadadoras (!!)».—(Pág. 64): «Y esto se llama para mí conocimiento; toda profundidad debe elevarse hasta mi altura».—(Pág. 70): «No pensaron con bastante profundidad».—3.^a parte (pág. 22): «El mundo es profundo, y más profundo de lo que jamás ha pensado el día».—4.^a parte (pág. 129): «Qué dice la profunda media noche... Me he despertado de un sueño profundo. El mundo es profundo, y más profundo de lo que ha pensado el día. Profundo es su mal. Alegría—más profunda aún que el sufrimiento de su corazón. Toda alegría... quiere una profunda, profunda eternidad», etc.

rril, ó parecida afectación de discreto en torno de una mesa de café. Nietzsche ni siquiera ve el problema moral sobre el cual tanto disparata durante diez volúmenes. Razonablemente, este problema no puede ser más que éste: Las acciones humanas, ¿pueden dividirse en buenas y malas? ¿Por qué unas son buenas y otras malas? ¿Qué es lo que puede obligar al hombre á realizar las acciones buenas y á no realizar las malas?

Nietzsche finge negar la razón de ser de una clasificación de los actos humanos desde el punto de vista de la moral. «Nada es verdad, todo es permitido»¹. No hay bien ni mal, es una superstición y un prejuicio atávico sostener tenazmente esos conceptos artificiales; Nietzsche mismo se coloca «más allá del bien y del mal» é invita á los «espíritus libres», á los «buenos Europeos», á seguirle en este punto. Inmediatamente después de esto, este «espíritu libre», que está «más allá del bien y del mal», habla con la mayor sangre fría de «virtudes aristocráticas»² y de la «moral de los señores». Pero entonces ¿hay pues virtudes? ¿Existe pues, una moral, aunque sea opuesta á la moral reinante? ¿Cómo se compagina esto con la negación de toda moral? ¿No tienen el mismo valor todos los actos del hombre? ¿Se puede distinguir pues, entre actos buenos y actos malos? Nietzsche emprende en consecuencia clasificar los actos, unos como «virtudes de aristócratas» y los demás como propios de esclavos, malos para los «señores, los jefes» y por consiguiente, criminales.—¿Cómo entonces, puede pretender Nietzsche que

¹ *Sobre la Genealogía de la Moral*, pág. 167.

² *Más allá del Bien y del Mal* (pág. 159): «¿Nuestras virtudes? —Es verosímil que nosotros también, tenemos todavía nuestras virtudes, aunque no sean, como es justo, esas virtudes honestas y pesadotas, por las cuales reverenciamos á nuestros abuelos; pero igualmente á cierta distancia». (Pág. 154): «El hombre que está más allá del bien y del mal, que es dueño de sus virtudes, debe ser el más grande...». ¡Así pues, y no obstante, «virtudes» «más allá del bien y del mal»!

él está «más allá del bien y del mal»? Lo que hay es que está metido de lleno en el bien y en el mal, sólo que se permite la estúpida broma de calificar de mal lo que nosotros llamamos bien, y viceversa, hazaña intelectual de que seguramente es capaz cualquier rapazuelo de cuatro años malicioso y malcriado.

Esta primera y asombrosa manera de no comprender su propio punto de vista es ya un buen ejemplo de su «profundidad». Pero hay más; como prueba principal de que no existe la moral, Nietzsche alega lo que él llama «la transvaluación de los valores», es decir que antes era bueno lo que hoy es malo, y recíprocamente. Hemos visto ya que esta idea procede del delirio y que está expresada de una manera delirante¹. Pero supongamos que Nietzsche tenga razón; entremos una vez más en su locura y admitamos que ha tenido lugar la «rebelión de los esclavos en la moral». ¿Qué ganaría con esto su idea fundamental? Una «transvaluación de los valores» no prueba nada contra la existencia de la moral en general, puesto que deja intacta la noción del valor mismo. Hay pues, valores, sólo que ya es una especie de actos, ya otra, la que adquiere el rango de valor. Ningún historiador de la civilización niega que las opiniones sobre lo que es moral ó inmoral se hayan modificado durante el curso de la historia, que se están modificando continuamente y que se modificarán también en lo porvenir. Esta aserción ha llegado á ser un lugar común. Si Nietzsche la considera

¹ *Sobre la Genealogía de la Moral* (pág. 79); «Entra en las premisas de esta hipótesis sobre el origen de la mala conciencia (por la «transvaluación de los valores» y la «rebelión de los esclavos en la moral») que esta transformación no se ha efectuado poco á poco, no ha sido voluntaria, ni se ha manifestado como una insinuación orgánica en nuevas condiciones, sino como una ruptura, un salto, una obligación forzosa». ¡Así, no sólo lo que antes constituía el mal se convirtió en el bien, sino que esta «transvaluación» se realizó también repentinamente, fué un día decretada por la autoridad!

como descubrimiento propio, merece simplemente que un maestro de pueblo le ponga orejas de asno. Pero, ¿cómo la evolución, la modificación de las ideas de moral puede contradecir el hecho fundamental de la existencia de ideas de moral? ¡No sólo no la contradicen, sino que la confirman y la prueban!; la sirven de premisa necesaria: una modificación de nociones de moral no es evidentemente posible más que cuando existen nociones de moral. Pero aquí está precisamente el problema: «¿Existen nociones de moral?» Esta cuestión, la primera de todas y la única de importancia, es la que Nietzsche ni siquiera toca, á pesar de todos sus esperpentos sobre la «transvaluación de los valores» y la «rebelión de los esclavos en la moral».

Cuando hace un cargo Nietzsche á la moral de los esclavos, con un tono despreciativo, porque es una moral utilitaria¹, no observa que no ensalza sus «virtudes nobles», que constituyen la «moral de los señores», más que porque son ventajosas al individuo, al «super-hombre»². ¿Es que «ser ventajoso» y «ser útil» no es absolutamente la misma cosa? La moral de los señores, ¿no es pues, exactamente una moral utilitaria como la moral de los esclavos? ¡Y esto es lo que no ve el «profundo» Nietzsche! ¡Y pone en ridículo á los moralistas ingleses porque han encontrado la «moral utilitaria»!³

¹ *Más allá del Bien y del Mal* (pág. 232): «La moral de los esclavos es esencialmente la moral utilitaria».

² *La Gaya Ciencia* (pág. 32): «En realidad, los malos instintos son ventajosos en un grado tan alto, conservadores de la especie é indispensables, como los buenos: sólo que su función es diferente». *Sobre la Genealogía de la Moral* (pág. 21): «El carnicero está en la base de todas las razas nobles...; esta base tiene necesidad de descargarse de cuando en cuando, el animal debe tomar campo, debe volver al desierto». Es decir: esto es necesario á su salud, por consiguiente le es útil.

³ *Sobre la Genealogía de la Moral* (pág. 6): «¡Qué desórdenes puede acarrear este prejuicio (el prejuicio democrático), el caso tristemente (!) célebre de Buckle lo muestra. Lo plebeyo del espí-

Nietzsche cree haber dado á conocer algo profundamente oculto, no vislumbrado todavía por ojos humanos, cuando proclama triunfalmente: «¿A qué no se llama amor? Concupiscencia y amor: ¡qué diferentes sentimientos experimentamos ante cada una de estas palabras! Y sin embargo, ¿no podrían ser el mismo instinto?... Nuestro amor al prójimo, — ¿no es el deseo ardiente de una posesión?... Cuando vemos sufrir á alguien, utilizamos de buena gana la ocasión que se nos ofrece de tomar posesión de él; esto es lo que hace, por ejemplo, el hombre bienhechor y compasivo; también llama «amor» al deseo despertado en él de una nueva posesión, y encuentra en ello su alegría como una nueva conquista que entrevé¹». ¿Será verdaderamente necesario aplicar la crítica á estas tonterías superficiales? Es indudable que toda acción, aun la más desinteresada en apariencia, es egoísta en cierto sentido, en el sentido de que aquel que la practica se promete alcanzar determinadas ventajas y experimenta placer con la idea anticipada de la ventaja esperada². ¿Quién ha negado nunca esto? Todos los moralistas modernos lo han indica-

ritu moderno, que es de origen inglés, estalló en esto de nuevo». *Más allá del Bien y del Mal* (pág. 202): «Hay verdades que son reconocidas mejor por cabezas mediocres... Ahora precisamente se aferran á este hecho desde que espíritus ingleses mediocres—me refiero á Darwin, Juan Stuart Mill y Heriberto Spencer—empiezan á estar en boga en la región media del gusto europeo».

¹ *La Gaya Ciencia*, pág. 43.

² Véanse en mi novela *El Mal del siglo* (traducción española del traductor de la presente obra. Madrid, 1892, pág. 86) las observaciones del Dr. Schrötter: «El egoísmo es una palabra; todo depende de la significación. Todo ser aspira á la felicidad, es decir al contentamiento... (El hombre sano) no puede ser feliz cuando ve sufrir á los demás; cuanto más civilizado es el hombre, tanto más vivo es este sentimiento en él... El egoísmo de estas gentes consiste sencillamente en investigar los sufrimientos ajenos para procurar atenuarlos; se esfuerzan, pues, simplemente en conseguir ellos mismos la felicidad, combatiendo el dolor de los demás. Un católico diría de San Vicente de Paúl ó de San Carlos Borromeo: era un gran santo; yo diría de ellos: eran unos grandes egoístas».